

ANA BOLENA Y SU REY

Mario Dal Bello

ANA BOLENA
Y SU REY

1ª edición: enero 2018

Título original:

Anna Bolena e il suo re. Enrico VIII e i Tudor

© 2018, Città Nuova Editrice

Via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma

Traducción: *Javier Rubio*

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2018, Editorial Ciudad Nueva

José Picón 28 - 28028 Madrid

www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-391-1

Depósito legal: M-35.974-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Ana y su rey

Es noche cerrada. Las estrellas han desaparecido detrás de las nubes. Entre las sombras del castillo de Windsor, una figura deambula nerviosamente de una estancia a otra. El hombre, en cándida camisa de dormir, parece presa del delirio. En los candelabros arde una luz vagabunda, y los sirvientes, agotados, duermen en el suelo o dan cabezadas apoyados en las puertas, como los guardias.

«¡Majestad!», brincan estos últimos en cuanto la alta figura se acerca. Esa noche húmeda de finales de octubre de 1537, el rey Enrique VIII de Inglaterra, de la dinastía de los Tudor, no consigue dormir. No puede. El día 23 se le ha muerto la dulce Jane, la dócil reina que le había dado el tan deseado hijo varón, Eduardo. Lo dio a luz entre atroces dolores y después se fue. ¡Cuánto la había amado Enrique! Jane era delicada y afectuosa, le transmitía serenidad en los días intranquilos en que el rey, con cuerpo de gigante y ánimo frágil, vagaba insatisfecho por el palacio. Jane ya no está, y Enrique —que no lo vea nadie— está llorando.

De pronto al llanto le sucede un terror difuso, como si se le representase una figura que no es la de la tranqui-

la Jane. «¡Ana!», se sorprende Enrique al oír brotar ese nombre de su boca. El rey se asoma a la galería y espía a los guardias envueltos en sombras. A la mente se le vienen sus jocosas carreras con Ana, felices los dos, en días soleados. Y también las cabalgadas juntos, escapando enamorados de la obstinada reina Catalina. Ana la seductora, la dominadora, la astuta... lo había subyugado y no le había dado hijos varones, solo la «bastarda» Isabel. Lo había traicionado y él la había condenado a muerte. Era una bruja, pensaba convencido Enrique. Pero ¿lo era realmente?

El soberano rubio y bello había perdido la cabeza por ella. Le había escrito enardecidas cartas de amor que, aun con sus modos caballerescos, ardían de pasión. Por Ana había roto con el papa de Roma y enviado a la pobre Catalina a marchitarse en soledad. Y ¡cuántas muertes había provocado! Una cadena. Incluida la de su fiel amigo Tomás Moro y la del cardenal Wolsey, personas cuyo recuerdo torna una y otra vez y lo perturba.

Enrique mira a su alrededor, y en medio de la noche los fantasmas vuelven. Como los remordimientos de un amor que acabó en tragedia. Una historia que hizo reír pero también horrorizó a Europa.

No lo vence el sueño. Las horas pasan y el rey va recordando toda la historia tal y como ocurrió realmente, no como él y muchos otros han querido que fuese narrada.

Es la peripecia de una mujer fuerte y ambiciosa, Ana, y de un rey impulsivo y frágil. Pero también es la historia de otra mujer, la infeliz Catalina, una sombra constante entre los dos, y de un juego político que hace de trasfon-

do a una trama en la que estos personajes se han encontrado viviendo y luchando juntos.

El Archivo Secreto Vaticano conserva un montón de misivas escritas por Enrique a Ana. Muestran los acontecimientos íntimos de la corte real, mientras en tierras italianas el rey Francisco I de Francia y el emperador Carlos V combatían a muerte en un conflicto que no podía dejar indiferentes a los ingleses. Las consecuencias de estos asuntos son dolorosas, como la muerte de Ana o el cisma entre Inglaterra y Roma, pero también abrirán el reinado «glorioso» de Isabel, la «hija bastarda» de Ana Bolena.

La historia de Ana y su rey, si bien no está exenta de leyendas y prejuicios, sigue fascinando al gran público. Pero las cartas y otros documentos narran mucho más que los cientos de libros, novelas y películas que han escrito y fabulado sobre estos asuntos.

1. En los subterráneos del Vaticano

Un día de otoño a finales del siglo XVII. Dos figuras caminan decididas hacia la entrada de la Biblioteca Vaticana.

–Vamos, vamos, señor; prestad atención a las escaleras y a vuestra cabeza. La bajada es muy empinada, y los arcos, bajos y estrechos. ¡Y vos no sois de corta talla! –Una sonrisa divertida se dibuja en los labios del anciano sacerdote, de escaso cabello en su cabeza rugosa. Envuelto en una negra capa talar, se dirige a su alto acompañante, un noble inglés vestido con ropa oscura, aire de doctor y rostro bien rasurado–. Los ingleses estáis locos por Roma –sonríe el sacerdote–; cada año bajáis a ver nuestras ruinas, los palacios y las iglesias.

–Y también a hojear vuestros preciosos manuscritos en la biblioteca –responde el otro.

–Aquí tenemos un archivo que encandila a las personas doctas como vos –apunta el sacerdote–. Ayer habéis admirado muchos códices antiguos, Virgilio, los Evangelios... Hoy os mostraré algo que muy pocas personas pueden ver. Pero no conviene airearlo mucho –concluye el hombre vestido de negro, mientras abre con una llave la puerta de una sala.

Es una estancia amplia, con armarios pegados a las paredes y hermosos frescos recorriendo los altos ventanales.

El guía toma una escalera y, subido en ella, se asoma a uno de los grandes armarios de nogal con enormes puertas, y mete una llave. Extrae un paquete que contiene un fajo de folios polvorientos. El inglés observa. El sacerdote aparta la escalera, abre una ventana y los dos se sientan en torno a una mesa. La luz que entra es la de uno de esos días de septiembre aún hermosos y ligeramente cálidos.

—¿Vuestro nombre? No lo recuerdo —pregunta el sacerdote.

—Soy un estudioso de nuestra Iglesia de Inglaterra, me llamo Gilbert Burnet, ¿recordáis? —dice el inglés. «Un hereje», piensa el bibliotecario—. Soy historiador —prosigue el inglés—. Sé bien que entre nosotros y Roma hay una disputa que dura ya muchos años...

—Desde 1534, señor —precisa el sacerdote ajustándose los anteojos.

—Cierto, pero la cultura quizá supere incluso este escollo, ¿no os parece? —dice el inglés en un italiano muy literario.

—Sois un apasionado del melodrama —apunta el sacerdote—, y yo también. Nuestra lengua italiana, ya veis, ¡se ha convertido en la lengua de la gente culta de Europa! —El sacerdote se ha apaciguado—. ¡Aquí está! —dice emocionado mientras desenrolla ante los ojos del inglés una serie de cartas, diecisiete para ser exactos.

Burnet observa y calla; vuelve a observar y esta vez exclama:

—¡Pero si son cartas del rey Enrique a Ana Bolena!